

pecialmente la *fe, esperanza y caridad*, con que cada día se va haciendo más robusta la salud espiritual del ánima. Y aunque es verdad que en este estado no faltan cruces que llevar; pero sucede lo que en los hombres que tienen fuerzas y salud, que la alegría y el aliento está en lo más íntimo, y los trabajos caen como por defuera; como quiera que en los enfermos sea al contrario, que todos los regalos se quedan por defuera y la tristeza y mala disposición está en lo de dentro. Y aunque las cruces de los perfectos suelen también afligirlos en lo interior; pero mucho más interior está siempre la alegría y fuerza que los sustenta, y así de ordinario les acompaña: *La leticia interna que llama y atrae á las cosas celestiales, y á la propia salud de su ánima, quietándola y pacificándola en su Criador y Señor*. Y éstas son las cosas en que nuestro santo padre Ignacio dijo que consistía la consolación espiritual. Quede pues por lo dicho probado, que los varones perfectos que están en la vía unitiva tienen grandes y frecuentes, y casi continuas consolaciones espirituales.

CAPÍTULO IX.

QUE TAMBIEN LA VIA UNITIVA SE PUEDE ANDAR SIN CONSOLACIONES.

Aunque todo lo dicho es verdad, no lo es menos lo que arriba tenemos declarado y probado, que el camino de la perfección no consiste en actual devoción

¹ Reg. 3.^a de las primeras de discr.

ción y consolación; sino que esencialmente es diferente de ella, y actualmente se halla muchas veces sin ella, no sólo en los principios y en los medios, sino también en los fines. Y así como en las dos primeras jornadas ha sido necesario señalar algunos pasos que se puedan andar sin la gracia de la devoción actual, aunque con más facilidad y deleite cuando somos favorecidos de ella; lo mismo es fuerza hacer en esta última jornada de la vía unitiva. Y es de suma importancia, así para los que se ejercitan, como para los maestros que los guían, no confundir el ejercicio de la perfección con la gracia de la devoción. En todas las cosas es diferente la obra y la delectación que se sigue de ella, aunque la naturaleza puso la delectación para facilitar la obra. Mucho ayuda el gusto para el comer, y gran dificultad es comer con hastío; pero no se sustenta el hombre del gusto, sino del comer, de manera que cuando hay hastío, es menester comer sin gusto. Así que mucho ayuda la gracia de la consolación para caminar á la perfección; pero una cosa es el ejercicio de la perfección, y otra la consolación que la ayuda y acompaña. De santa María Egipciaca se cuenta que pasó diez y siete años continuos de tentaciones, y de otros muchos santos que pasaron muchos años de sequedad. ¿Quién creerá que en todo este tiempo no se aprovecharon ni llegaron á la perfección? y si llegaron á ella, con más perfección ejercitaron las virtudes al medio que al principio, y con mayor perfección al fin que al principio y al medio. Luego necesario es decir, que hay algún progreso y aprovechamiento de las virtudes, que no consiste en la devoción. Cosa cierta es, y la experiencia lo enseña y arriba lo decíamos, que unos son tentados y padecen sequedades al principio de su conversión, otros al medio, otros al

fin. ¿Quién dirá que al que le faltó la luz y la consolacion al fin, se volvió á ser principiante en la virtud, y que en faltándole la dulzura de la contemplacion, le faltaron los ejercicios y se le cerró el camino de la perfeccion? El glorioso apóstol san Pablo fué arrebatado al tercer cielo ¹, y vió y gozó lo que no se puede decir, y despues fué tentado y atribulado hasta tener tedio de la vida. Job se queja ² de que le ha faltado aquel tiempo en que resplandecia la luz de Dios sobre su cabeza, y se lavaba los piés con manteca, que todo significa la grosura y abundancia de devocion de que estaba llena su alma. ¿Quién viera los actos de paciencia y de caridad que ejercitaban los santos en este tiempo, para ver si eran de principiantes ó de perfectos? ¿Qué diré de Cristo nuestro Señor, que fué desamparado de esta consolacion en la parte inferior de su alma en el huerto y en la cruz? ¿Quién dirá que fueron actos de más perfecta virtud los del monte Tabor que los del monte Calvario? Finalmente, nuestro Salvador nos exhorta ³, que seamos perfectos á semejanza de la perfeccion de nuestro Padre celestial, á la cual, así como es imposible llegar, así es necesario tener siempre donde andar adelante en la imitacion de ella; y por otra parte la gracia de la devocion se va y se viene, y la dá Dios y la quita en cualquier estado que el hombre se halla, como es su beneplácito y voluntad, y no está en nuestra mano ni el tenerla, ni el detenerla. Pues si no podemos tener siempre la devocion, y siempre debemos caminar á la perfeccion, síguese que estas dos cosas son diferentes; y que ahora sea con muchas visitaciones espirituales, ahora con menos, debemos andar siempre adelante en la via del divino servicio.

¹ II Cor. XII, 2-4.—² Job XXIX, 6, 3.—³ Matth. V, 48.

Esta doctrina es de suma importancia para las almas que se ejercitan; y no se debe hacer pesado repetirla otra vez para que los que han llegado al estado de los perfectos, como lo practicamos arriba para los proficientes. Porque cuanto más frecuentes y familiares son para los perfectos las consolaciones divinas, tanto deben estar más advertidos para no arrimarse demasadamente á ellas, y tanto deben estar más instruidos para saber caminar adelante sin ellas. Porque como no esté en nuestra mano el tenerlas, una de las principales enseñanzas es saber cómo se han de ejercitar de su parte cuando faltan, para no perder tiempo; porque el estar consolado no es cosa que se aprende, sino que se recibe, ni es cosa que se enseña, sino que libremente se da. Quien piensa que lo tiene por su buena industria, ó disposicion, ó diligencia, ya tiene causa para que Dios se la quite; y los que están en este engaño de pensar que en esto consiste su aprovechamiento y perfeccion, son muchos los inconvenientes que de aquí les resultan. Porque de aquí nace arrimarse demasiado á este afecto, y fiarse de él más de lo que conviene, y desearle con mucha ansia y apresuramiento, y graduar por él su propio aprovechamiento, y despreciar á los que carecen de esta gracia, y ser muy duros en su propio parecer, y poco sujetos al parecer ajeno, y afectar sentimientos nuevos y singulares, que están muy sujetos á engaños é ilusiones; y lo que cada dia experimentamos, en faltándoles esta consolacion y devocion, se cortan y desmayan sin saber dar un paso adelante: argumento de lo mucho que estaban asidos á estas consolaciones, y que no conocian otro ejercicio, ni otro espíritu ni perfeccion fuera de ellas.

Y no es menos necesaria esta doctrina para los

maestros espirituales; que han de enseñar y examinar y juzgar del aprovechamiento de los otros. Porque comun sentimiento es de los que tratan estas materias, que las consolaciones y favores divinos, no son la regla por donde se ha de medir el aprovechamiento de cada uno; sino antes al contrario, el aprovechamiento de cada uno es la regla para juzgar de sus consolaciones, si son verdaderas, sólidas y provechosas. De lo cual se concluye, que el aprovechamiento sólido en espíritu tiene otros fundamentos en que estriba, otros nortes por donde se gobierna, y otras reglas por donde se juzga, las cuales permanecen y quedan en pié en medio de las tentaciones y sequedades. Y de aquí es, que el maestro espiritual, que es el juez de esta causa, y el piloto de esta navegacion, y el arquitecto de este edificio, es necesario que tenga siempre delante de los ojos las leyes por donde ha de juzgar, y la carta de marear y la aguja, no fiándose del viento favorable, que presto sin sentir se puede mudar en contrario; y que traiga en las manos la planta de su edificio, y la regla y nivel. Quiero decir, que en las mismas almas que son favorecidas de Dios nuestro Señor, haga distincion entre los favores y las virtudes; que pues ha de reglar lo uno por lo otro, menester es que conozca distincion entre lo uno y lo otro. Y sin querer manosear mucho los favores de Dios nuestro Señor, ni ser más curioso de lo que conviene en saber los secretos que pasan á solas con el alma, él esté como buen piloto cosido en el timón, y los ojos puestos en la aguja dejando entre tanto al que tiene á su cargo navegar con el viento favorable de la consolacion; pero atento por otra parte á que no dé en alguna roca ó en algun bajío, y que esté prevenido para no perderse en tiempo de tempestad. Porque si al padre espiritual le toca tam-

bien este engaño de estimar en más la consolacion que la mortificacion, y los sentimientos más que las virtudes, el daño que de aquí se sigue es mayor de lo que á primera faz se puede creer. Porque los tales no saben hablar sino de consolaciones, de gustos interiores, de inteligencias y sentimientos particulares, de elevaciones y visiones y cosas semejantes. Esto alaban, esto oyen de buena gana, de esto se admiran, en esto son abundantes de doctrina, y con quien les trae esta mercadería se detienen de buena gana largas horas. Los que no alcanzan esto, y están afligidos y sienten fatiga con el peso de su cruz, éstos son los tentados, los imperfectos, los que no se ayudan, éstos los que cansan y con quien se gasta el tiempo sin provecho. Para éstos falta la enseñanza y los medios, y no hay qué decirles, ni cómo ayudarlos; y lo que peor es, que aunque se les predique la paciencia, y se les diga que aquel estado es bueno, y en que pueden mucho adelantarse, apenas lo creen, porque ven el diferente aliento con que habla el padre espiritual en la una materia y en la otra. ¿Qué se puede esperar de aquí, sino que éstos, ó desmayen por falta de aliento, ó se pierdan por falta de guia y de maestro, ó que finjan los sentimientos que no tienen, y aprendan por lo menos los vocablos para hablar en aquella gerigonza de que gusta su padre espiritual? No pretendo derogar en esto á los que alcanzan la gracia de la verdadera contemplacion; pero afirmo el punto de que se va tratando, que al maestro espiritual le importa sumamente tener conocido el camino de la perfeccion y los ejercicios con que se alcanza, sin tener respeto á las consolaciones espirituales, ora sea con muchas, ora con menos; porque esto para los que no las tienen es necesario, y para los que las tienen no es poco provechoso.

Para cumplimiento de este capítulo se debe advertir, que así como es engaño arrimarse con demasía á la gracia de la devocion, y no saber dar paso adelante sin ella; así tambien es engaño, y muy perjudicial, despreciar esta misma devocion y tenerla en poco, á título de que no consiste en ella el aprovechamiento del espíritu. Este es el achaque que toman los tibios y perezosos para no trabajar en su mortificacion y en la guarda de sus sentidos, y disponerse con diligencia á recibir la luz celestial; y por esta causa no solamente vienen á tener en poco las consolaciones divinas, valiéndose de esta doctrina, que no consiste en ellas la perfeccion, mas aún pasan más adelante; y todo lo que oyen decir de estas visitaciones y favores de Dios lo tienen por poco menos que mentira, ó por ilusion é hipocresía; y de donde habian de sacar fervor para insistir en los ejercicios espirituales de la oracion y meditacion, y en las verdaderas virtudes y sólidas, aún en el tiempo que les falta la consolacion, sacan por el contrario argumentos de tibieza, huyendo del trabajo que trae consigo el ejercicio interior, y dejándose llevar del derramamiento y libertad de los sentidos. Muy al contrario de esto siente y enseña nuestro santo Padre, el cual en la tercera parte dice así: *Todos den á las cosas espirituales tiempo, y procuren la devocion, cuanto la divina gracia les comunicare.* Y lo que se procura, es cierto que se desea, que se estima, que no se desprecia ni se tiene en poco, y que finalmente se alcanza; porque oye Dios los deseos de los pobres, y está atento á cumplir aquello á que se inclina su corazón¹. Y con qué medios se ha de procurar la devocion, lo enseña el mismo Santo en la sexta regla de las primeras de discre-

¹ 3 p. c. 1, § 20.—² Ps. IX, 17.

cion por estas palabras: *La sexta, dado que en la desolacion no debemos mudar los primeros propósitos, mucho aprovecha el intenso mudarse contra la misma desolacion. Así como es en instar más en la oracion, meditacion, en mucho examinar, y en alargarnos en algun modo conveniente de hacer penitencia.* Quien pide con esta instancia no puede dejar de recibir; quien busca con esta solicitud no puede dejar de hallar; á quien llama con esta perseverancia, finalmente le abrirán. Y es cierto, que los que han experimentado la suavidad de la divina consolacion, y la grande ayuda que tienen en ella para correr por el camino de la perfeccion, que cuando les falta este socorro se dan por desterrados y desfavorecidos, y desechados de la presencia de su Dios. Y no hay cortesano tan ambicioso, ni que haga tantas diligencias para volver á la gracia y á la presencia de su rey, como hacen ellos por sentir otra vez á su Dios favorable, y dicen con el Profeta: «Contigo habla mi corazón, y te dice: Tu rostro he buscado, y tu rostro buscaré: no me vuelvas, Señor, el rostro, ni te apartes de mí, ni me deseches de tí.»

Y si alguno dijere cómo se componen estas cosas entre sí; porque por una parte decimos, que el varon perfecto no ha de estar tan arrimado á la gracia de la devocion y de la divina consolacion, que no sepa caminar entre sequedades y remar contra el viento en razon de andar siempre adelante en la via del divino servicio; y por otra parte, que cuando le faltare la luz celestial y el consuelo de la devocion ha de ser diligente en buscarla, y no descansar hasta hallarla; y lo que más es, que cuando ha llegado á este estado son tantas y tan frecuentes, que casi son continuas las consolaciones es-

¹ Ps. XXVI, 8, 9.

pirituales que tiene; pues ¿cómo puede ser esto, que siempre estén consolados, y que muchas veces estén desconsolados? ¿qué de ordinario tengan devoción, y que muchas veces padezcan sequedades? ¿qué la luz y gusto espiritual se les haya hecho connatural, y que no deban arrimarse demasiado á este afecto? ¿qué no se han de arrimar con demasía á este afecto, y que cuando les falta le han de buscar con toda diligencia y solicitud? Estas cosas parecen contrarias, pero en la verdad no lo son. Porque el varon que está bien ejercitado en el espíritu, ni ha de estar tan arrimado á este sentimiento dulce de la devoción, que cuando le falte no se quede en pié; ni ha de ser tan flaco en el amor de Dios, que con estas ausencias se olvide; ni tan vivo en el amor de sí mismo, que busque su consolacion con demasiada ansia; ni tan interesal, que no esté determinado de servir á Dios de balde y sin esta paga de consolaciones presentes; ni tan desconfiado que no se ponga en las manos de Dios, y se ofrezca á cualesquiera desconsuelos y desamparos. Y esta misma ansia de buscar á Dios cuando se ausenta, y esta fidelidad de servirle cuando nos parece que está ausente, y esta pureza de intencion para no buscar nuestro interés; todo esto da firmeza al corazon y confianza de que está Dios muy cerca, cuando nos parece que está más lejos, y que cuanto más á dentro está la noche, tanto está más cerca de amanecer el dia. Y por eso dijimos que el varon mortificado y perfecto, nunca está tan desamparado y en tan profunda oscuridad, que en lo secreto de su corazon no le quede algun rayo de luz para conocer á Dios y descansar con seguridad en su voluntad, dejándose gobernar confiadamente de su providencia, de que resulta *la leticia interna* que nuestro santo Padre dice, que *quieta y pacifica al alma en su Criador y*

Señor. Y de este poquito de luz y de confianza que queda como escondido en lo más íntimo del espíritu, avivado despues con la consideracion y favorecido de la divina gracia, vienen á resultar varios sentimientos y consolaciones divinas que se derraman y extienden por las potencias del ánima con admirables luces que reverberan en el entendimiento, y extraordinarios afectos y ardores de la voluntad. Y de aquí es, que á estos tales nunca se les apaga el fuego tan del todo, que no les quede como una brasa envuelta en la ceniza para volver á encender el dia siguiente. Y así como el cuerpo sano no puede dejar de sentir gusto en lo que come, y deleite en las operaciones convenientes de los demás sentidos; así el espíritu sano apenas puede dejar de sentir gusto y satisfaccion en las operaciones de sus potencias, y particularmente en el ejercicio de las virtudes teologales, que se ocupan derechamente acerca de Dios.

Y por ventura por esa causa nuestro santo Padre no dijo que se habia de insistir en las virtudes y procurar de caminar siempre adelante, ora sea con visitaciones espirituales, ora sin ellas, sino dijo: *Ahora sea con muchas visitaciones espirituales, ahora con menos*, dando á entender que á los fervorosos que perseveran en los ejercicios espirituales y pelean contra las tentaciones, é insisten en las verdaderas y sólidas virtudes, principalmente despues de vencidas estas batallas, cuando van á lo último de esta jornada y más vecinos á su último fin, muchas ó pocas, más ó menos, nunca les faltan del todo algunas consolaciones y visitaciones espirituales. Pero los tibios que por su negligencia no se disponen á procurar la devoción, y por eso la tienen en poco, viven en una noche profun-

da, en una frialdad que los penetra lo más interior del espíritu, derramados por los sentidos, entregados del todo á las consolaciones exteriores, condenados á un destierro preciso de la presencia de Dios, en tinieblas perdurables y sèquedades eternas.

CAPÍTULO X.

QUE EL AMOR CONSISTE EN OBRAS Y NO EN PALABRAS.

ESTA es la segunda cosa que arriba propusimos. Porque si la perfeccion de la caridad no consiste en las consolaciones divinas, como hemos probado, resta saber en qué consiste, y á esto respondemos, que el verdadero amor consiste en las obras y no en las palabras. Esta doctrina nos enseñó nuestro santo Padre antes del ejercicio del amor de Dios cuando dijo ¹: *Primero conviene advertir en dos cosas, la primera que el amor se debe poner más en obras que en las palabras: la segunda, el amor consiste en comunicacion de las dos partes, es á saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene, ó de lo que tiene ó puede, y así, por el contrario, el amado al amante. De manera, que si el uno tiene ciencia, dar al que no la tiene, si honra, si riquezas, y así el otro al otro.* Hasta aquí son palabras de nuestro santo Padre, en las cuales se contiene el principio y fundamento de la union con Dios,

¹ 4.^a Semana.

digo de aquella union que es sólida y verdadera, y segura de engaños y de ilusiones.

Para cuyo entendimiento es bien traer á la memoria lo que notamos en el capítulo séptimo del segundo libro, acerca del método que nuestro santo Padre guarda en estos ejercicios. Porque á la entrada de la primera semana pone un principio y fundamento antes de todas las meditaciones y fuera del número de ellas, en el cual se proponen dos verdades, y se han de hacer dos propósitos en que se fundan todos los ejercicios de los principiantes, que pertenecen á la via purgativa; y asimismo á la entrada de la segunda semana se pone otra meditacion del llamamiento del rey temporal, que está antes de las otras meditaciones y fuera del número de ellas, en que se contienen otras dos verdades, y se deben hacer otros dos propósitos, que son fundamento de los ejercicios de los proficientes, que pertenecen á la via iluminativa, como allí lo declaramos. Y consiguientemente antes del ejercicio del amor de Dios nuestro Señor, propone el santo Padre otras dos verdades, para que conforme á ellas se hagan otros dos propósitos, que son el fundamento de los ejercicios de los proficientes que pertenecen á la via unitiva; de manera, que lo que se fabrica sin este fundamento se puede temer que va sobre falso, y está sujeto á engaños é ilusiones.

La primera verdad es, que el amor se debe poner más en obras que en palabras, la cual está tomada del comun proverbio que dice, obras son amores, y no buenas razones, y de lo que dice el Apóstol san Juan ¹: «Hijuelos míos, no nos amemos de palabra, y con sola la lengua, sino con obras y con verdad.» Y este es el

¹ I Joann. III, 18.